

LAS ENSEÑANZAS DE LA LITERATURA

MIGUEL ÁNGEL LAMA

Lección inaugural del curso en el Colegio Mayor Universitario
“Francisco de Sande” de Cáceres, 30 de octubre de 2006

*Señora mía, si yo de vos ausente
en esta vida turo y no me muero,
paréceme que ofendo a lo que os quiero
y al bien de que gozaba en ser presente;*

(Garcilaso, *Soneto IX*, vv. 1-4)

*que yo no olvide nunca
la luz que me enseñaste*

*la que ascendía desde el fondo
de tu antigua inocencia
y desbordaba
el espacio interpuesto
entre tus cosas y las mías*

(Ángel Campos Pámpano, “La lección”,
vv. 1-7 de *La semilla en la nieve*)

Es un honor abrir un nuevo curso académico de este Colegio Mayor en el que, sin vivir en él, he pasado tantas horas. Lo agradezco a su director, Francisco Caballero, quien propuso mi nombre hace unos meses, y

no puedo más que sentirme enormemente honrado por contribuir con la vida universitaria de este centro entrañable y cercano, en el que tantos brillantes alumnos he tenido a lo largo de estos años¹.

Mi agradecimiento no tiene esa vacuidad que a veces se atribuye a lo puramente protocolario; es algo más, porque de lo que también trata esta conferencia es de cómo se disfruta preparando un discurso de este tipo. Sé que me lo he buscado yo, que nadie me ha propuesto un título o un asunto que desarrollar, como suele ser habitual, y ahí está la clave. En realidad, ahora que reflexiono sobre esto, no es nada normal que te pidan una conferencia o una lección sobre nada en particular. Lo más habitual es que se trabaje a pie forzado, es decir, acudimos a un congreso sobre Francisco Ayala con una ponencia sobre *El jardín de las delicias*, por ejemplo, o a un seminario sobre la poesía contemporánea con una comunicación sobre la obra de Antonio Carvajal. Se habla por encargo en un foro político, por ejemplo, de superdesarrollo y pobreza mundiales, o en un foro científico y académico sobre partículas subatómicas; pero cuando uno tiene la oportunidad, y también la responsabilidad, de elegir tan libremente el asunto al que somete su discurso, el placer se agranda y la gratitud se duplica, y, en este caso, y con el asunto que he elegido, principalmente, se agranda y se duplica, entre otras razones, por una: por la necesidad –y valdría decir también la pulsión– que uno ha tenido de leer y releer todo lo que ha podido para preparar sus palabras. Y esto es un argumento claro y sólido para estar agradecido.

He querido titular este texto *Las enseñanzas de la literatura*, con cuidado de no caer en esa natural aspiración extremeña de las eses y de que no se deslizase la consabida errata en algún programa impreso, y generar así una falsa expectativa sobre una intervención de carácter didáctico, cuando menos, o una reflexión sobre el estado actual de la enseñanza de esta disciplina. Poco podría decir quien tan descreído anda en lo que se refiere a los métodos de la enseñanza de la literatura. La literatura no se enseña, se transmite, se contagia, como ha dicho un paisano, Luis Landero.

¹ Estas páginas son la lección inaugural del curso académico 2006-2007 del Colegio Mayor Universitario “Francisco de Sande” de Cáceres expuesta el 30 de octubre de 2006. Consciente de que el texto que ha sido escuchado por un auditorio, leído con el sosiego necesario en la página impresa, dice distinto, he eliminado algunas referencias propias de su exposición oral, aunque no todas, con la idea de que no se pierda su intención en su contexto.

Las enseñanzas de la literatura porque para alguien que de pequeño conoció un entorno con libros, que tuvo la suerte de tener una buena biblioteca pública en su pueblo y un excelente profesor de literatura en su educación secundaria, alguien que hoy se dedica a la literatura, ésta representa la fuente nutricia principal de su existir sensible y espiritual, además del material, dado el oficio elegido.

Las enseñanzas de la literatura porque alguien así, alguien como yo, profesor de literatura en esta Universidad, siempre ha recibido más que ha dado. Y ha recibido mucho, lo que puede perfectamente articular esta lección que comienza ahora, puede dibujar un índice de la misma que podría llenarse de un contenido mucho más extenso que el que ocupará los minutos de mi intervención, una reflexión que es un elogio y una apología; pero quizá también una sarta de lugares comunes y de cosas sabidas. Un guión o índice que podría comenzar con las siguientes enseñanzas que son dones sin prelación: la capacidad de la literatura para alimentar y formar la conciencia individual y la conciencia colectiva, sus propiedades balsámicas y consoladoras para la persona, su naturaleza humanamente integradora, cognoscitiva y comunicativa, todo a la vez, lo que, aplicado a la enseñanza, la convierte en una disciplina extrañamente inútil, pero extraordinariamente rica para el proceso educativo, la exacerbación del placer estético y del sentimiento, un cierto tipo de agudeza visual, una nueva teoría de la relatividad mundana, de sus seres y sus cosas, etc.

La formalización de esto en las palabras que hoy digo puede constituir, en sí misma, una definición; por eso, mi intención hoy no es tanto teorizar ni predicar, sino compartir y, a lo sumo, crear una atmósfera respirable y gustosa.

NUTRIR LA CONCIENCIA

Quizá porque se ha escrito mucho –y se ha marrado más– sobre la función social del arte, intentos más contemporáneos de definición de la literatura evitan consignas reductoras que han ‘atacado’ a muchos intelectuales de la historia, como le ocurrió a Unamuno, quien en 1901 escribió que

La literatura no puede ser en parte alguna, y menos que en otra parte en España, labor de mera contemplación artística. El encerrarse el literato en

su torre de marfil a rezar letanías a la Belleza es hoy un crimen. Nuestro primer deber es el de educar al pueblo².

Y por eso, se defienden posturas, digamos menos programáticas, como la de una intelectual a la que no puede acusarse de no haberse implicado en los problemas de su tiempo y de su mundo. Me refiero a la escritora neoyorquina, fallecida en diciembre de 2004, Susan Sontag (1933), que dijo, cuando recibió el Premio Príncipe de Asturias en 2003, que:

La literatura es una de las maneras fundamentales de nutrir la conciencia. Desempeña una función esencial en la creación de la vida interior, y en la ampliación y ahondamiento de nuestras simpatías y nuestras sensibilidades hacia otros seres humanos y el lenguaje.

La autora de *El amante del volcán* señala a la literatura en su función no utilitaria, como un alimento de la conciencia y de la vida interior. Pero no habla directamente de una función social, o de una función política, dentro de los conceptos de denuncia y de conciencia civil que hace años podrían aplicarse a lo que en España se estaba haciendo, o en otros lugares de Europa. La diferencia entre una y otra postura –y conste que no utilizo a Unamuno como ejemplo de controversia, sino como apoyo histórico– la representa una autora como Susan Sontag o su antiguo amigo, el novelista español Juan Goytisolo, autor de escritos combativos como *Problemas de la novela* (1959) y *Pueblo en marcha* (1963), crónica este último de un viaje a la Cuba recién castrista, y luego evolucionado hacia posturas más integradoras, pero, a la postre, aun hoy, un ejemplo de voz aislada, de pájaro solitario como testigo, relator y denunciante de guerras (la del Golfo, la de la antigua Yugoslavia) e implicado en causas sociales, políticas y éticas, que, como él mismo escribió, “no atraen a nadie o casi

² Tomo la cita de las palabras de Unamuno en *La Nueva Era* de 1901, al prologar su discurso en los Juegos Florales de Bilbao, del artículo de GUILLERMO CARNERO: “El concepto de responsabilidad social del escritor en Miguel de Unamuno”, en *Anales de Literatura Española*, 1, (1982), pp. 301-316.

Viene a colación de esta defensa de la educación del pueblo, la dedicatoria de Galdós en *La desheredada*, de 1881: “Saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué, algunas dolencias sociales nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los beneficios reconstituyentes llamados *Aritmética, Lógica, Moral y Sentido común*, convendría dedicar estas páginas..., ¿a quién? ¿Al infeliz paciente, a los curanderos y droguistas que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No; las dedico a los que son o deben ser sus verdaderos médicos: a los maestros de escuela.” [Enero de 1881. B. P. G.]

nadie en razón de su escasa rentabilidad. Como los gitanos y los inmigrantes no votan, la defensa de sus derechos no moviliza nuestras plumas³”.

Sin duda, la literatura, o algunas de sus manifestaciones, como el teatro o la poesía, que, en otros momentos ha sido considerada como una herramienta útil para cambiar el mundo, hoy sigue convocando una conciencia, si no social o política, sí moral.

Mi palabra escrita reproduce obviamente mis ideas estéticas, pero también mi pensamiento moral, mi manera de intervenir en la historia que comparto. El instrumento del idioma me ha servido para objetivar mi noción del mundo, y he procurado siempre que esa poética noción del mundo se corresponda con mis más irrenunciable programa vital. Como suele decirse, en mi obra está implícito todo lo que yo pienso, y hasta lo que todavía no pienso. Cada vez estoy más seguro de que la poesía, esa que ocupa más espacio que el texto propiamente dicho, me explica y me justifica. Incluso podría añadir que la poesía me ha enseñado a conocerme mejor a medida que he ido valiéndome de ella para elegir mis propios diagnósticos sobre la realidad.

Esa palabra es la del poeta gaditano José Manuel Caballero Bonald en su discurso de agradecimiento al recibir el Premio Reina Sofía de Poesía de 2004.

Yo creo firmemente en la verdad de esto, creo en esta enseñanza que me da la literatura que leo, que leemos. Creo que tienen su efecto sobre quienes pueden escuchar palabras así, y hoy, en este momento, hago esta prueba ante este auditorio. Creo, además, que en algún momento, pueden hacer que me sienta, que nos sintamos –y ya os implico– serena minoría frente a una mayoría bulliciosa. Pero... En un país –en un mundo, cabría decir– en el que la rotura del ligamento cruzado anterior de un futbolista –léase Maxi Rodríguez o Martin Petrov, ambos del Atlético de Madrid, recientemente– ocupa tanto espacio en los informativos –el hecho, los comentarios sobre el hecho, las consecuencias del hecho, los comentarios sobre las consecuencias del hecho...–, tanto espacio ocupa en los informativos, digo, que lo relativo a las artes y la cultura es una limitada compensación, esa cuota necesaria para el sostenimiento y equilibrio de la eterna desigualdad en la que vivimos. La reivindicación de un espacio para la literatura, o la lectura, convierte a quien la manifiesta en

³ GOYTISOLO, Juan: “Epílogo”, de *Pájaro que ensucia su propio nido*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2001, p. 404.

un tonto necesario, porque, realmente, aunque se respete su sensibilidad e incluso se comparta la base de su planteamiento, no se le secunda hasta el fondo esencial de su empeño. Las artes o la cultura, las más de las veces, por desgracia, sirven para afianzar la doble moral de muchos, sobre todo instituciones o focos de poder, como medios de comunicación o grandes grupos editoriales; como un signo de distinción que embellece y adorna las miserables actitudes mercantilistas y deshumanizadoras del mundo que vivimos. Y no hablaré de otras iniquidades, aunque no hacerlo, creedme, no me tranquiliza. Al contrario.

BÁLSAMO Y CONSUELO

También se ha escrito sobre el poder terapéutico de la literatura, tanto en su ejercicio, en el ejercicio de la escritura, como en su disfrute, en la práctica de la lectura. No, claro, para los males físicos –todo se andará, supongo–; sino para los del alma. Y es que cuando comencé a dar vueltas al asunto de esta lección, leí una emotiva entrevista que hizo Juan Cruz al poeta uruguayo Mario Benedetti en la que éste, saliendo aún –y no saldrá nunca– del doloroso desgarramiento de la muerte de su mujer, hablaba de la escritura como una guarida, como un jardín que el hombre crea para refugiarse. Esta función de la literatura como bálsamo y consuelo.

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturbe deudas ni pesares.

Escribía en la *Epístola moral a Fabio* el capitán Andrés Fernández de Andrada, de la que Dámaso Alonso dijo que “no hay en toda la literatura española otro poema con estos rasgos de serenidad, de contención, de precisión, de felicidad conceptual y expresiva⁴”.

Y Caballero Bonald, en el mismo texto referido antes, decía:

Creo honestamente en el papel salvador de la poesía, en su capacidad curativa frente a los trastornos que pueda depararnos la historia. En un mundo como el que hoy compartimos, asediado de violencias y tribulacio-

⁴ FERNÁNDEZ DE ANDRADA, Andrés: *Epístola moral a Fabio y otros escritos*. Edición de Dámaso Alonso. Estudio preliminar de Juan F. Alcina y Francisco Rico. Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 58), 1993, p. 32. Por esta edición, los versos (127-129) de arriba.

nes, guerras inicuas y menosprecios a los derechos humanos, en un mundo como éste hay que reivindicar las soluciones justicieras de la inteligencia, los viejos métodos humanísticos de la razón. Quizá se trate de una utopía, pero la utopía también es una esperanza consecutivamente aplazada, de modo que habrá que confiar en que esa esperanza también se nutra de las generosas fuentes de la inteligencia.

[...]

Leer un libro, escuchar un concierto, contemplar un cuadro, son formas inmediatas y eficientes para defendernos de todo lo que nos ofende o procura mermar nuestras opciones a la libertad y la felicidad. Tal vez se logre así que una nueva sensibilidad colectiva haga prevalecer el pensamiento crítico sobre el pensamiento único. Tal vez una sociedad perpleja como la nuestra se transforme así en una sociedad solidaria. Pensemos con el debido optimismo que la poesía también dispone de ese poder terapéutico.

Con el debido optimismo, sí, como expresa Caballero Bonald; con tanto como para pensar en que una conciencia así de utópica pueda reflejarse en los programas electorales de gobierno de los partidos políticos; pero, sin duda, no así, en las palabras de un poeta, sino en la ejecución que desde ellas ha de exigirse al político que mira por su entorno social.

ENSEÑAR A ENSEÑAR

La literatura, lejos de afectar al sentido de la vista, debilitándolo y fatigándolo –por la lectura–, lo agudiza, porque potencia la observación de la realidad, y nos aporta herramientas nuevas para su interpretación. Intento transmitir algo a través de este tipo de aseveraciones a mis alumnos en clase, pero, verdaderamente, en lo que me afano es en que capten las enseñanzas que nos aporta el simple y entero disfrute del texto literario, además de que puedan obtener unos mínimos rudimentos para la hermenéutica y el análisis de procedimientos de presentación artística de lo que sea.

Una novela o una obra de teatro pueden presentar actitudes humanas comentables. El amor impávido de Florentino Ariza en *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez, la rebeldía torrencial y trágica de Adela en *La casa de Bernarda Alba* de García Lorca o el aliento tabacoso del guripa de *Rabos de lagartija* de Juan Marsé podrían ser el amor de nuestro amante, la rebeldía de una mujer conocida o el pestífero aliento de un vecino, y, como tales, analizables en tanto que actitudes o rasgos

de seres semejantes, es decir, y también, características y actitudes reales de personajes ficticios. Por eso, en algunas películas americanas vemos a esos atractivos profesores de literatura en conversación con sus alumnos reflexionando sobre los celos de Otelo. Hace pocos días, terminaba en clase de analizar una obra que casi todos los años programo en mi curso de tercero de Filología Hispánica, *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Siempre, al terminar, hablamos del suicidio de don Álvaro en esa obra, y les incito a pensar en ese desenlace, en su lectura desde la condición de don Álvaro como un derrotado que confiesa su desesperación o, al contrario, como un rebelde que se impone a todo y a todos ejerciendo un finalista acto de libertad dándose muerte. Siempre se propicia un rico debate, con diferentes opiniones; pero el otro día, se impuso la idea –confieso que sorprendentemente conservadora en chicos de veinte años– de la enajenación del personaje, que, “fuera de sí”, es derrotado por el sino; y la argumentación de una alumna fue clara: porque el hombre posee un instinto innato de supervivencia que le imposibilita para atentar contra su propia vida si no es en un estado de enajenación o locura. Terminó la clase y lo dejamos ahí. Ese mismo día apareció la noticia de Inmaculada Echevarría, la enferma de Granada con distrofia muscular progresiva que quería que le desconectasen el respirador artificial que la mantiene viva. En ese momento pensé en lo que nos enseña la literatura, es decir, en lo que nos incita a pensar sobre cualquier asunto o rasgo de un personaje; pero también confirmé la diferencia que hay entre la literatura y la vida. Fuera de lo aparatoso, el suicidio de don Álvaro es el suicidio de cualquier ser humano; pero en la clase de literatura no estamos para hablar sobre él en clave mundana, sino para entenderlo como un hecho inserto en una estructura artística que llamamos drama, cuyos componentes no son ni están presentados como los de la vida misma. Porque la literatura nos enseña a diferenciar entre esas actitudes y los procedimientos artísticos que las sostienen. El poeta Ángel González tituló un libro como *Muestra, corregida y aumentada, de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan*. Con ello, diferenciaba entre esos dos niveles y daba sentido al afán de algunos profesores de literatura en nuestras clases.

Y todo, como es lógico, sobre el texto, el texto literario, cuya centralidad es indiscutible y es el punto de partida de todo, incluyendo la subversión de los modos convencionales del aprendizaje de una asignatura. Operamos así con conceptos y métodos supuestamente novedosos, como la superación de la hora lectiva como única unidad docente, como lo no-pre-

sencial, como la evitación de la acumulación de conocimientos como objetivo único, etc.. Pero tras estos términos tan aparentemente renovadores se esconde lo de toda la vida, la enseñanza de la literatura, si cabe decir, a través de la lectura. Vuelvo otra vez al amigo y excelso escritor –saca pronto una nueva novela– Luis Landero, quien desempolvaba en un artículo titulado “El gramático a palos” unas palabras de Manuel Bartolomé Cossío de 1879, del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que decían:

¿Por qué no suspender el abstracto estudio gramatical de las lenguas hasta el último año de la enseñanza escolar y ejercitar al niño en la continua práctica de la espontánea y libre expresión de su pensamiento, práctica tan olvidada entre nosotros, donde los niños apenas piensan, y los que piensan no saben decir lo que han pensado⁵?

Han pasado ciento veintisiete años desde que Cossío escribió eso. Landero lo evocaba al denunciar la situación de un joven amigo estudiante de bachillerato de nivel medio que, aun con dificultades casi insalvables para leer con soltura y criterio el editorial de un periódico, era capaz, sin embargo, de analizar sintácticamente el texto que apenas lograba descifrar. Porque, en ocasiones, llegamos a extremos en los que se olvida lo esencial, el texto, la lectura, y, por una extraña asociación entre la sabiduría utilitaria y lo hermético tecnicista, nos separamos del sentido común que siempre nos ha proporcionado el conocimiento del mundo a través de los textos literarios.

El texto, pues. Y su disfrute. Porque hasta podemos sentir el goce profundo con él cuando contiene nuestra propia refutación. Por ejemplo: en tan monumental novela de nuestra tradición reciente como *Fortunata y Jacinta*, de Benito Pérez Galdós, muy al principio, cuando el narrador nos dibuja la figura de Juanito Santa Cruz en el primer capítulo de la primera parte, leemos lo que a lo mejor alguno está pensando escuchándome:

El mundo tangible y gustable le seducía más que los incompletos conocimientos de vida que se vislumbran en el fugaz resplandor de las ideas sacadas a la fuerza, chispas obtenidas en nuestro cerebro por la percusión de la voluntad, que es lo que constituye el estudio. Juanito acabó por declararse a sí mismo que más sabe el que vive sin querer saber que el que quiere saber sin vivir, o sea aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar. La lectura es vida

⁵ LANDERO, Luis: “El gramático a palos”, en *El País*, 14-XII-1999, p. 16.

artificial y prestada, el usufructo, mediante una función cerebral, de las ideas y sensaciones ajenas, la adquisición de tesoros de la verdad humana por compra o por estafa, no por el trabajo. No paraban aquí las filosofías de Juanito, y hacía una comparación que no carece de exactitud. Decía que entre estas dos maneras de vivir, observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que le vengan a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro, haciendo el cuento muy a lo vivo, se entiende, y describiendo la cara que ponía, el gusto que le daba la masticación, la gana con que tragaba y el reposo con que digería⁶.

La genialidad y la capacidad de análisis de la realidad española de su tiempo de Galdós me descubre –y me descubro, o me quito el cráneo, que diría el Don Latino de Híspalis de *Luces de bohemia*—, pues ya he dicho antes que he recibido más que he dado. Yo, a mis alumnos, les cuento cómo se comen la chuleta los otros, y privándoles, pues, de la experiencia directa de meterse entre pecho y espalda esa exquisitez. Yo no hago otra cosa en mis clases todos los días, fomentar que vean cómo otros comen chuletas.

Esto nos llevaría a lugares ya transitados y algo controvertidos. Baste recordar un reciente testimonio sobre la inutilidad de las artes de este tipo, el de Paul Auster al recibir el Premio Príncipe de Asturias de las Letras de 2006, hace pocos días:

En otras palabras, el arte es inútil, al menos comparado con, digamos, el trabajo de un fontanero, un médico o un maquinista. Pero ¿qué tiene de malo la inutilidad? ¿Acaso la falta de sentido práctico supone que los libros, los cuadros y los cuartetos de cuerda son una pura y simple pérdida de tiempo? Muchos lo creen. Pero yo sostengo que el valor del arte reside en su misma inutilidad; que la creación de una obra de arte es lo que nos distingue de las demás criaturas que pueblan este planeta, y lo que nos define, en lo esencial, como seres humanos. Hacer algo por puro placer, por la gracia de hacerlo. Piénsese en el esfuerzo que supone, en las largas horas de práctica y disciplina que se necesitan para ser un consumado pianista o bailarín. Todo ese trabajo y sufrimiento, los sacrificios realizados para lograr algo que es total y absolutamente... inútil.

⁶ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta*. Edición de Francisco Caudet. Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 185), 2002 (7ª), vol. I, p. 111.

FINAL

Los versos que leí al principio de esta charla son de un poeta antiguo, de un padre de nuestra literatura, Garcilaso de la Vega, el principio del soneto IX:

Señora mía, si yo de vos ausente
en esta vida turo y no me muero,
páreceme que ofendo a lo que os quiero
y al bien de que gozaba en ser presente;

Los otros versos son de un poeta actual, vivo, Ángel Campos Pámpano, de su último libro, *La semilla en la nieve*:

que yo no olvide nunca
la luz que me enseñaste

la que ascendía desde el fondo
de tu antigua inocencia
y desbordaba
el espacio interpuesto
entre tus cosas y las mías

Uno, hace tantos años, lamentaba la ausencia de la amada. El otro, hace menos, escribía esos versos para evocar la lección recibida de su madre, a quien cantaba tras la hora de su muerte. Esto es literatura, en estado puro, a pesar de los años y distancias. Una delicia, creedme.

Y si esto que yo llamo ‘delicia’ ha llegado a alguien; si ese alguien ha sentido, aunque haya sido de manera discontinua, un indefinible estado de bienestar, y aunque todo esto sea transitorio y de corta vida, entonces, como dirían los investigadores de la obra de Buero Vallejo, *El tragaluz*, el experimento ha funcionado, y esto ha merecido la pena. Sin duda, nuevamente –para mí–, sí. Muchas gracias.